

He aquí el héroe de ahora, que gana a la muerte una batalla después de vencido por ella. Como Cid Rodrigo de Vivar.

CEFERINO R. AVECILLA

París, 1925.

Réplica a los pesimistas

=Un lector atento nos ha pedido que reproduzcamos en el "Repertorio" este artículo, tomado de "Inter-América," Nueva York, entrega de setiembre de 1924.=

DURANTE cuatro años, desde 1914 hasta 1918, el mundo político, económico y social sufrió una conmoción de intensidad y proporciones tremendas. Los escombros nos rodean por todas partes. Emperadores y emperatrices, reyes y reinas, príncipes herederos, han sido muertos, derrocados o forzados a la abdicación. Una multitud de dictadores aparece en la Europa oriental y meridional. Ejercen su autoridad sobre la mitad de la superficie y un tercio de la población de Europa, y aun en algunos de los países más avanzados la estructura política ha sido sacudida hasta los cimientos. Gabinetes tras gabinetes se han sucedido; los cuerpos parlamentarios están suspendidos o existen dudas respecto a su competencia. En una palabra, los gobiernos están amenazados en casi todo el mundo. Las naves de los estados hacen agua o han perdido el timón.

En los Estados Unidos existe no pequeña proporción de dudas e incertidumbre. En cualquiera dirección tropieza uno con pesimistas. La crítica de los funcionarios y corporaciones oficiales es el deporte favorito. Apenas se reúne el congreso o se aproxima la elección presidencial, el estremecimiento del caso recorre el cuerpo político. Los comentarios circulan en ese sentido: el senado y la cámara de diputados han degenerado; están plagados de mezquinos demagogos que cortejan el favor popular con la mira principal de asegurarse un puesto público; y la nación está sobrecargada de oficinas departamentales, cada cual empeñada en ensanchar sus funciones, provocando una rápida centralización del gobierno y aumentando los gastos. Ni aun el pueblo se escapa. El procurador general de los Estados Unidos nos participa que la gente ha perdido la noción de los valores intrínsecos, que tiene cerebro cinematográfico, que jamás podrá alcanzarse verdadera civilización con semejante material; que los ciudadanos no se interesan ya en el serio asunto de la ciencia de gobierno; que no hay diez hombres en la nación capaces de obtener concurrencia para llenar una sala donde se lleven a cabo discusiones políticas; que una campaña electoral como la de 1896 sería imposible en nuestros días. Nos recuerda que la prueba real de progreso es la oportunidad ofrecida para el engrandecimiento o declinación del hombre ordinario, haciendo notar que la edad de Pericles fué la época de civilización más elevada. ¡En aquel tiempo, el Ática contaba menos de medio millón de habitantes, el noventa por ciento de los cuales eran esclavos embrutecidos! ¡Buena laya de civilización elevada!

Permitidme citar una breve y bien meditada crítica.

Hay una gran proporción de fausto, esplendor y, a mi modo de ver, despilfarro, en las maneras y hábitos de nuestras ciudades. La antigua noción de la sencillez republicana desaparece rápidamente, y los gustos de la gente se definen más y más en favor de las diversiones públicas y de la ostentación.

El congreso se ha convertido en una escena de árido y metafísico razonamiento o declamatoria elocuencia; los verdaderos intereses de la nación se descuidan o se atienden de mala manera. No hay punto de concentración para niugún partido. A la verdad, todo anda fuera de quicio. Los republicanos y los demócratas están tan divididos entre sí mismos como antes lo estaban los partidos. No lamento el cambio. Por mucho tiempo he abrigado la convicción de que las divisiones intestinas ponían al borde de la ruina a la nación; y ahora, afortunadamente, entre los hombres de talento, integridad y patriotismo verdaderos, hay muy poca, si es que hay alguna, diferencia de opinión. Mas una nueva raza de hombres se lanza hoy en día al gobierno de la nación: perseguidores de popularidad, hombres ambiciosos no del honor sino del provecho del puesto; los demagogos de principios laxos, quienes no se preocupan tanto de lo genuinamente bueno como de aquello que les granjee el aplauso vulgar, así sea pasajero. Hay peligro, y grande, de que estos hombres usurpen a tal punto el favor popular que lleguen a ser mandatarios de la nación, y si esto sucediera, asistiríamos al derrumbamiento de muchas de nuestras mejores instituciones.

Creo haber dicho antes que me he retirado de la política de partido, que me siento hastiado de las escenas de lucha y aun de corrupción descarada que a veces presenta. No tengo el menor deseo de entrar de nuevo en la palestra del favor popular.

Ya hay considerable agitación y rumores acerca de quién habrá de ser el próximo presidente. Se cree que X no tiene probabilidades de triunfo como candidato. Parece que la gran objeción en contra suya es el ser modesto y poco insinuante, estudioso, frío, reflexivo; que no hace nada para atraer la atención ni para conquistarse amigos. Se contenta con cumplir su deber sin buscar recompensa de ninguna clase.

¿No despierta esto un eco familiar? ¿No refleja la opinión de muchos de los lectores nacionales? ¿Cuánto tiempo hace que habéis escuchado a alguien preguntarse qué es lo que van a hacer esos idiotas de Washington?

Los comentarios arriba citados, con el cambio de "demócratas" en lugar de "federalistas," los escribió el magistrado Story de Massachusetts en 1818.

Nada de nuevo leemos en esta crítica. Nos hizo gracia que el senador John Sharp Williams anunciara hace algunos años su separación del senado, diciendo que "preferiría ser un can y ladrar a la luna antes que continuar siendo miembro de semejante cuerpo". Otro senador ha dicho: "El senado no es ya lugar para una persona decente. Escaparé de allí tan pronto como pueda hacerlo con decoro, experimentando el mismo placer que uno sentiría al huir de un osario". Fué Clark quien habló así en 1837. Ni aun nuestros presidentes han escapado a la censura. Indudablemente recordaréis ciertas referencias muy poco halagüeñas para los presidentes Wilson y Hárding. Ya las oiremos también acerca del presidente Cúolidge. Me viene a la memoria la siguiente afirmación refiriéndose a uno de nuestros presidentes: "El ocupante de la silla presidencial es poco menos que un asesino. Es traidor a sus amigos particulares, un hipócrita en la vida pública y un impostor que